



SEGUNDA PARTE

DE LOS TRIUNFOS DEL AMOR, EN LA CUAL SE TRATA DE CÓMO DIOS
TRIUNFA DEL ÁNIMA

CAPÍTULO PRIMERO

DEL MIRAR DE DIOS Y DE LA VIRTUD MARAVI-
LLOSA DE SUS OJOS, Y DEL PRIMER TRIUNFO,
QUE ES HERIR EL ALMA.

DICHO ya cómo nuestro mirar hiera á Dios,
digamos (que es razón) cómo el de Dios
nos hiera á nosotros. No es mucho que me hie-
ra á mí el mirar amoroso de Dios y me robe y
encante el corazón, si el mirar mío hace esto
con Dios. Si contra Dios es fuerte el amor, cla-
ro está que prevalecerá contra los hombres. No
quiero tratar aquí de los triunfos del amor, de
que hace especial tratado el Petrarca y otros fa-
mosos poetas (que esos no se pueden llamar
justamente triunfos, sino caídas y pérdidas muy
grandes), sino de cómo el divino amor triunfa
de Dios en nosotros y de nosotros en Dios, todo
para gloria suya y provecho nuestro. De este

tan heroico y violento amor, hablando Ricardo, dice: Grande es la fuerza del amor, grande la virtud de la caridad, sus grados son muchos y muy diferentes, y ¿quién podrá distinguirlos? Y un poco más adelante dice: «Sobre todos estos grados tiene su lugar y asiento aquel amor ardiente y seráfico que penetra el corazón, inflama la voluntad, y tan entrañablemente traspasa la propia ánima, que puede decir lo que el Esposo. Heriste mi corazón, hermana mía, heriste mi corazón en uno de los ojos de tu cara y en un cabello de tu cuello». Y ¡qué ojos tan penetrantes los de Dios, y qué cabellos tan recogidos y adunados en nuestro provecho! Los pensamientos que yo tengo, dice Él, pensamientos son de paz y no de aflicción. Bendito sea tal Dios para siempre, que no parece que tiene á quién mirar sino á mí, ni en qué pensar sino en hacerme bien.

Ya sabemos que el mirar de Dios es muy diferente del de los hombres; porque, mirándome vos á mí, con sólo el mirar no me dais nada. Dios sí; pues su mirar es hacer bien y mercedes. El otro vino muy contento de la corte porque le miró el rey; ¿dióle algo? no; pues ¿de qué sirve haberle mirado? Benditos sean, Señor, vuestros ojos, que sólo con ponerlos en los hombres los enriquecéis y beatificáis: *los ojos del Señor sobre los justos* (1). Y ¿no hay más,

(1) Oculi Domini super justos.—Psal. 33.

Santo Profeta? Y *sus orejas en sus ruegos* (1). Tras los ojos los oídos, y primero el corazón. Dijo muy bien el Filósofo: *Donde está el amor, allí van los ojos*. Cuando viereis, pues, los ojos amorosos de Dios sobre vos, pedidle que quisierais que vuestra boca será medida. El mismo, hablando con su pueblo, dice (2): *Con mi vista os haré crecer y dar fruto de buenas obras*. ¡Qué favorecido se conoció Abel cuando vió que le miraba Dios! Y ¡qué desfavorecido Caín cuando conoció que ni miraba á él ni aceptaba su sacrificio! Pues considerad las mercedes que la Virgen María recibió de poner Dios en Ella sus ojos (3). «¡Qué poquita cosa y que nada era yo, dice la mayor de todas las puras criaturas, si Dios no me mirara! Miró mi pequeñez (que eso significa allí propiamente humildad) é hízome la mayor y más honrada de todas las mujeres». Crecí con su mirar, y di tal fruto, que por Él seré bendita por todas las generaciones. Aquel verso del salmo que dice (4): *Los ojos del Señor miran al pobre*, en el hebreo descubre otro mayor sentimiento, porque dice: *Los ojos de Dios se esconden en el pobre y humilde*. En lo cual quiso dar á entender el Espíritu Santo, que como

(1) Et aures ejus in preces eorum.

(2) Despiciam vos et crescere vel fructificare vos faciam.—Levit., 26.

(3) Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.—Luc. 1.

(4) Ps. 9.

los rayos del Sol, penetrando la tierra y entrañándose en ella, crían las piedras preciosas y los mineros de plata y oro, y hacen otros admirables efectos (porque no hay yerbecita, ni pajarito, ni cosa criada á la cual no alcance su vivísimo color); así los ojos de Dios, entrañándose en los pobres y humildes, como los rayos solares en la tierra, crían en ellos grandes riquezas de virtudes y bienes celestiales. ¡Qué vista tan penetrativa tiene el basilisco, y qué vista tan penetrativa tiene Dios! Pero los efectos son muy diferentes; porque el basilisco, penetrando con su mirar, mata; y Dios, penetrando con su vista, da vida. Sólo con pasar los ojos por San Pedro, le sacó la ponzoña con que le había inficionado y muerto el infernal basilisco. Con estos ojos miró á San Mateo, miró á la Magdalena, miró al buen ladrón, y mira cada día á muchos pecadores, y de tales los justifica y hace Santos. Mira á su esposa suave y amorosamente, y como con una saeta enherbolada la hiere y llaga con su mirar el corazón.

Pensemos, dice Ricardo, cuánta sea aquella alteza del amor de Cristo que con su vista causa en el alma, y veremos que vence al de los padres, hijos y mujer, y, lo que es más, hace aborrecer aun la propia vida. ¡Oh vehemencia! ¡Oh violencia! ¡Oh excelencia y alteza de la caridad de Cristo! Ésta es de quien hemos de tratar, no definiendo ni arguyendo, como en escuelas, sino declarando con humil-

dad sus admirables efectos y obras maravillosas, según el parecer de los santos y espirituales varones.

San Buenaventura y Ricardo dicen que el amor heroico y violento (llamado así no porque quite el libre albedrío, sino porque arrebatá con gran poder el alma toda para Dios) tiene cuatro grados. En el primero hay heridas, en el segundo prisiones, en el tercero enfermedades, y en el cuarto desfallecimiento y muerte. De manera que el amor violento tiene una como enfermedad, donde se hallan enfermos tocados de varias enfermedades: unos están heridos, otros atados, otros calenturientos y como éticos, y otros ya desahuciados, y todos son dichosos y bienaventurados. Que tenga el amor virtud de herir las almas, es negocio muy llano; de lo que hasta ahora de Dios hemos dicho y de lo que comunmente sintieron todos los filósofos antiguos, los cuales le pintaron niño con alas, ciego, desnudo y cargado de saetas. En la cual figura, admirablemente declararon las pasiones y efectos del amor, así en los que limpiamente aman como en los carnales y sensuales. Porque este término *amor* es equívoco, y tiene respecto al divino y al humano, al espiritual y al que no lo es. Aunque siempre que decimos amor, especialmente en este tratado, excluimos todo lo que es sangre y carne, porque mi intento es tratar del que Dios tiene al alma y el alma tiene á Dios: pero servímonos para la inteligencia

del puro amor, de las cosas que los antiguos dijeron del que no es tal; como se sirve el arquitecto de los andamios y cimbrías para levantar su edificio y fundar sus bóvedas, y, llegado el edificio á su perfección, da con los andamios en tierra para que el edificio salga y parezca. Y declarando la sobredicha figura, decimos que el amor es *niño*, porque ó lo suelen ser en la prudencia los que aman, ó porque los reduce á la simplicidad y llaneza de los de aquella edad. Lo cual se verifica bien en el divino, que vuelve los hombres á un estado de inocencia, y tales, que puedan entrar por la puerta estrecha y angosta del reino de Dios. Tiene *alas*, porque con grandísima ligereza se presentan los que aman á la cosa amada. Que, como dice Eurípides, y probaremos adelante, no viven en sí, sino en ella. Y aun porque el amor no es tardo ni lerdo en el obrar, antes bien *fervoroso en el espíritu*, dice San Pablo (1), *solicito y sin pereza*, ésta no se consiente donde hay amor. De aquellos animales que vió Ezequiel, se escribe (2): *Iban y volvían á semejanza de un rayo que, despidiendo de sí fuego, ni es oído ni visto. ¡Qué velocidad tan grande lleva un rayo cuando rompe la nube y se despide de ella! Es fuego. Y los Santos que arden en el amor de Dios también*

(1) Spiritu ferventes, solitudine non pigri.—Rom., 12.

(2) Ibant et reverabantur in similitudinem fulguris coruscantis.—Ezech., 1.

lo son. Van á Dios arrebatados de su dulcedumbre, y vuelven á los prójimos á remediar sus necesidades forzados de la caridad. En su Apocalipsi cuenta San Juan de otros cuatro animales que cercaban el trono de Dios, que estaban llenos de ojos y que tenían alas, y que no descansaban ni de día ni de noche, diciendo: *Santo, Santo, Santo*.

El profeta Micheas dice que le reveló Dios un modo de vida muy agradable á Su Majestad, cifrado en tres preceptos: en el primero compone y ordena al hombre consigo mismo, en el segundo con su prójimo, en el tercero con su Criador. Las palabras del Profeta son éstas (1): «¡Oh hombre! Yo te mostraré lo que es bueno, y lo que Dios quiere que hagas por su servicio. Quiere que de ti hagas juicio, que ames para con tu prójimo la misericordia, y que en su divina presencia y acatamiento andes solícito». Por que la solicitud y cuidado de la familia no impidiese á la que en su servicio pide Dios que tengamos, aconseja el apóstol San Pablo á los que no están casados que no se casen, y dice (2): «La virgen y la viuda son muy ocasionadas para ser santas en el cuerpo y en el alma, porque ni tienen en quién pensar sino en Dios, ni en qué ocuparse fuera de Dios, ni

(1) Mich., 6.

(2) Mulier innupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta, corpore et spiritu.—I Cor., 70.

el espíritu se distrae con el amor de los hijos, ni en el cuerpo se ensucian con el trato del marido».

San Buenaventura, explicando las propiedades de los serafines (que son los más conjuntos á Dios y más abrasados en su amor), dice «que siempre aman, sin fin aman, con calor aman, todo lo que de Dios pueden penetrar penetran, y por Él, como rayos, descienden al amor de sus criaturas». De esto se dirá adelante más de propósito.

Pintaban al amor *ciego* porque, aunque se funde en razón, no se rige por ella cuando es crecido y heroico. Dijolo admirablemente el glorioso Bernardo sobre aquel lugar de los *Cantares* donde, hablando la esposa con el Esposo, dice: *Béseme con el beso de su boca* (1). El cual, después de haberla reprendido de atrevida, por pedir el beso de la boca de Dios, la excusa diciéndolo (2): «Nadie interprete á mala parte ni juzgue por vicioso lo que ha dicho la esposa con tan grande amor, porque la voz del que de veras ama es: *Más me han dado que yo merezco, pero menos de lo que deseo. Soy llevado del deseo y no de la razón.* No reprendáis á nadie de atrevido si el amor en él reina». Por cierto, si se miden con

(1) Osculetur me osculo oris sui.—*Cant.*, 1.

(2) Sed amanti hoc vitio verti non debet, cujus vox illa est: accepi potiora meritis, sed inferiora votis, desiderio feror, non ratione ne causemini præsumptionem ubi affectio regnat.—*Bern. super Cant.*, 1.

la razón humana las cosas que los amigos de Dios hacen, no sólo parecen de hombres ciegos, sino de locos y furiosos. Léase la Vida del Santo Fr. Nicolás Factor, á quien conocí yo y le traté, sus penitencias, azotes y ayunos, cilicios, vigílias y ejercicios espirituales, y verse ha bien claro cuán ciego es el amor, y cómo, fundado en razón, no la tiene en lo que hace á los ojos de los que carecen de él.

Pintaban desnudo al amor porque, siendo vehementemente, sufre tantos y tan extraños dolores y angustias de ánimo el que ama, que en ninguna manera puede disimular ni ocultar esta pasión. Así dijo el Sabio (1): «¿Podrá alguno esconder el fuego en el seno y que las vestiduras no se le quemem?» No por cierto. Pues ¿qué es el amor sino fuego, que forzosamente ha de dar señal dondequiera que estuviere, sin que baste razón ni prudencia para encubrirle ni disimularle? Por imposible halló Platón encubrir cosa á quien tantas descubre. Aquel mirarse de través los que se aman; aquel fijar con perseverancia y sin pestañear los ojos el uno en el otro; aquellas razones truncadas é interrumpidas; aquel ponerse el rostro á veces como el carmesí, á veces pálido y de color de muerte; aquellos ordinarios suspiros; aquellas perpetuas quejas continuas, é importunas alabanzas; aquellas repentinas iras y enojos, servicios desacostumbrados y sospechas. Pues

(1) Prov., 6.

si quisiésemos subir por este andamio á ver lo que pasa en nuestro edificio espiritual, ¿faltarían estas señales en los amadores de Dios? No por cierto. Uno de ellos dice (1): *Mis ojos traigo siempre fijos y enclavados en el Señor*. Y en otra parte: *El amor me ha puesto de color de muerto*. A la esposa dijo el Esposo en los *Cantares*, viéndola demudada: Querida mía, colorada os habéis puesto de que os mire. También se mire aquella razón truncada: *si lo llevaste, dímelo, que yo iré por Él y lo traeré*. ¿De quién habla Magdalena? De su amado Jesús; y no le nombra, porque le parece que nadie puede pensar sino en Él; por esto su razón no es entera, más que atrevimiento: dime adónde le pusiste, que yo me le echaré áuestas. Tenía amor, que hace atrevidos á los más cobardes del mundo. Aun allá dijo Ovidio, contando lo que Tisbe hizo por Priamo: *Hacia-la atrevida el amor* (2). Pues no faltan quejas. Léanse los salmos, que llenos están de ellas. Pues las alabanzas continuas y sospechas de amor y de olvido, á cada paso las vemos en las personas espirituales. Pues ¿qué diremos de los servicios que cada día inventa el amor? El glorioso San Buenaventura y Ricardo añaden á las señales exteriores del amor cinco interiores, que son certísimas, y que con infalibilidad moral le manifiestan y declaran. Son éstas: «Profundos

(1) Ps. 24.

(2) Audacem faciebat amor.—Ovid.

y frecuentes suspiros del corazón, altos deseos, pensamientos enfermos, esperanzas fastidiosas y molestas, y afecciones extáticas». Cada cosa de éstas pide su declaración y comentario; mas, porque en los grados del amor violento habemos de tocar muchas veces en esta materia, de suerte que haya suficiente conocimiento del perfecto amor, será razón ver las saetas que en su aljaba dice que trae el amor, porque así lo pintaron los antiguos.





CAPÍTULO II

DE LAS SAETAS DEL AMOR

AUTOR es Ovidio y otros muchos: antes y después de él afirmaron que en la aljaba del dios de amor había dos diferencias de saetas: unas tenían el casquillo dorado y muy agudo, y con éstas hería á los dioses y á los hombres, no comoquiera, sino con heridas de muerte. Otras le tenían de plomo, y muy boto, y con ellas hería con herida de odio y de desamor á los ingratos. La razón de pintar al amor con saetas es porque de lejos hiere y endereza sus tiros al corazón como á blanco. También porque la herida del amor tiene mucha semejanza con la de la saeta, cuya entrada es angosta y estrecha; mas en lo secreto é interior es muy grande y peligrosa, pues en los que verdaderamente aman es muy poco lo que se conoce de fuera respecto de lo que hay en lo secreto del corazón. Apenas se echa de ver la rotura que hace la saeta por donde entra, y por eso con gran dificultad se cura y con mucha mayor sana. No hay cosa en el mundo más mala de conocer que por dónde entró la sae-

ta del amor en el alma, y así es casi imposible su remedio. De estas saetas y heridas peligrosas hizo mención el Sabio en sus *Proverbios*, el cual, pintando un hombre aficionado á una mala mujer que con halagos y blanduras le lleva por sus pasos contados al Infierno, dice (1): «Enredóle »y encandilóle con palabras amorosas y de regalo; inclinóle á su voluntad, sin que el temor »de Dios ni la vergüenza de los hombres fuesen »parte para enfrenar su desordenado apetito. Y »vase luego tras de ella, como suele el buey irse »tras el carnicero, pensando que va al pesebre, »llevándole al matadero á quitarle la vida. Y es »tan necio, que no echa de ver que le lleva para »hacerle su prisionero y para atravesarle el corazón con la saeta del amor sucio, el cual, una »vez herido, con dificultad se cura y sana». ¡Oh qué pocos hemos visto sanar de estas heridas! De manera que el amor, no sólo el carnal y vivísimo con que se aman los mundanos, sino el espiritual y divino que hay entre Dios y el alma, hiere y penetra el corazón como con una saeta dorada y muy aguda.

Para persuadir esta verdad bien bastaba la confesión del Esposo, que se confesó (como hemos visto) herido del amoroso mirar de la es-

(1) Irretivit eum multis sermonibus, et blanditiis laborum protraxit illum. Et statim eam sequentur quasi vos ductus ad victimam et quasi Agnus lasciviens. Et ignorat quod ad vincula stultus trahatur, donec transigat sagitta iecur ejus.—
Prov., 7.

posa, y la de San Agustín, que dice (1): *Habíame, Señor, herido el corazón con tu caridad*. Y al fin la experiencia que hizo Dios en nuestro padre San Francisco, al cual, apareciéndole como Serafín y mirándole amorosamente, llagó en el corazón, en los pies y en las manos. Pero ahondemos un poco más esta consideración, y veremos que hiere Dios muchas veces una alma secretísimamente, y sin saber ella cómo ni de dónde le arrojó la saeta; sólo siente la herida, que suele ser tal, que realmente parece estar llagado con la saeta material el corazón. Y es tanta verdad esto, que, aunque queráis disimular el dolor mezclado con gozo, no podréis. Porque, aunque sea secreta é invisible la llaga, la habéis de manifestar y hacer pública y buscar remedio, no en otro que en el que la hizo. Y Él, como los sagitarios, que de muy lejos suelen herir á los enemigos, y, antes de ver la saeta ni poder reparar su golpe, la sienten, y así se hallan caídos, tiene de costumbre herir y ausentarse y esconderse. Con cuya ausencia el alma se turba toda, la llaga crece y el deseo más en éste arde y se abrasa, anhela y suspira suspiros largos, espesos y profundos, y dice:

No quiero ya contentos ni alegrías.
No busco sino á Dios, que me ha llagado.
Que suyo soy, y las entrañas mías.

(1) Sagittaveras Domine cor meum charitate tua. — Agustín.

Divinamente explicó el Profeta, en aquel aparato bélico del Rey del Cielo, Cristo, la virtud de sus saetas cuando dice (1): *Agudas son tus saetas, y sujetas los pueblos á ti, caerá en los corazones de los enemigos del rey*. Ha ceñido primero su espada á Cristo, armádole caballero muy galán, con tres pajes fidelísimos, que son verdad, mansedumbre y justicia, y dale luego saetas en la mano, porque no sólo pelea y hace guerra á las almas con la espada, que es arma para de cerca, sino con arco y saetas, que hieren de lejos. Algunos han querido interpretar por saetas á los Apóstoles, que sacudieron de sí todo el polvo que de las cosas de la tierra se les pudo pegar, como se dice en el salmo 126 por estas palabras (2): Como las saetas en la mano de un fuerte tirador, que las arroja muy lejos ciertas y á herir los enemigos, así son los Apóstoles y sus sucesores enviados por Dios á predicar su Evangelio. Esta interpretación es muy conforme al hebreo, que dice: *Sicut sagitta in manu fortis, ita filii excussionum*. Quiere decir, que los hijos de los sacudimientos, esto es, los varones apostólicos que sacuden de sí todo el polvo de las cosas mundanas, son como las saetas arrojadas de mano de un fuerte, que con grandísima

(1) Sagittæ tuæ accutæ, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis. — Ps. 44.

(2) Sicut sagittæ in manu potentis, ita filii excursorum. — Ps. 126.

velocidad van á herir al enemigo, sin que nada las impida ni detenga. Muy buena interpretación es ésta de este lugar; pero sin ninguna duda sintieron mejor los que por estas saetas entendieron las inspiraciones y afectos divinos con que visita las almas y las mueve á la fe, esperanza y caridad. ¡Oh qué agudas y qué afiladas vienen algunas veces estas saetas! No paran hasta llagar los corazones de los enemigos del Rey eterno. ¡Qué rendido queda un hombre cuando le toca Dios con una de éstas, enviada de aquel su todopoderoso brazo! El más fuerte del mundo, herido con una de estas saetas de oro, cae por tierra y dice con San Pablo (1): *Señor, ¿qué queréis que haga? ¡Oh palabra breve, dice Bernardo, pero llena de virtud, eficaz, viva y digna de toda acepción! Catadme aquí, Señor: ¿qué me queréis? ¿qué me mandáis que haga? ¡Oh misericordia infinita, que así lo amansas todo! Veis aquí, Señor, mi espada, matadme con ella, que bien merezco la muerte, pues he perseguido la vida. Haced de mí lo que fuereis servido, que rendido estoy á vuestra voluntad. Yo soy el pan y Vos el cuchillo: cortad por donde mandéis. Gran señal es de estar un alma herida de Dios valerosamente cuando le ofrece las armas con que le ofendió. ¿Con mi voluntad os hacía guerra?, dice Pablo. Vedla ahí, os la dejo en vuestras manos. Y ¿que-*

(1) Domine, quid me vis face.—Act., 9.

réis ver cómo fué saeta enviada del fortísimo y bien flechado arco de Dios? Mirad lo que le dicen á Saulo. Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón (1). Contra esta saeta del casquillo dorado, que hiere hombres y dioses, no hay resistencia, Pablo. La Madre Teresa de Jesús, tratando de unos ímpetus de amor que sentía dentro de sí, dice: «No se puede encarecer ni »decir el modo con que Dios llaga un alma, y la »grandísima pena que le queda después de llamada, que es tanta que la hace no saber de sí. »Mas esta pena es tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que dé tanto contento. Querría »el alma, si pudiese, estar siempre muriendo de »este mal. Esta pena y gloria que juntamente y »á una sentía en mi alma me traía desatinada, »de manera que no alcanzaba á entender cómo »podía ser aquello». Y más adelante dice: «Quiso »el Señor que viese aquí algunas veces esta visión. Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; no era grande, sino »pequeño, muy hermoso, el rostro tan encendido que parecía de los serafines. Tenía en las »manos un dardo de oro, largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego; éste »me parecía metérmele por el corazón algunas »veces y que me llegaba á las entrañas, y que al »sacarle me las sacaba consigo y me dejaba toda

(1) Durum est tibi contra stimulum calcitrare.—Act., 9.

«abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar quejidos, y tan excesiva la suavidad, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar algo y mucho el cuerpo. Es un requiebro tan suave éste, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento».

Yo, á lo menos, no lo pienso, sino que es verdad todo lo que en el caso esta santa religiosa dice. Porque aun de nuestro Padre San Francisco se lee que en aquella soberana visión que tuvo en el monte Alverne, con la excesiva dulcedumbre que su alma sintió de verse hecho vivo retrato de Cristo Nuestro Señor, y tan favorecido con sus llagas espirituales y corporales, se mezcló un dolor grandísimo y de manera que la carne casi no podía con él. Y con ser esto así, no quisiera aquel seráfico varón que la vista del Crucificado desapareciera tan presto. Aquellas palabras de los *Cantares* en que la esposa se confiesa enferma del amor de su Esposo, diciendo (1): *Sustentadme con flores y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor*. Conforme á una traslación antigua, por aquellas dos diccio-

(1) Fulcite me floribus, stipate me mallis, quia amore languo.—*Cant.*, 2.

nes *amore languo*, dice, *vulnerata charitate ego sum*. Quiso decir en esto la esposa: Llevad de mi parte un recado á mi Esposo, y decidle que me tiene herida y llagada de su amor; que venga á aplicar la medicina á la llaga que Él hizo. De manera que el amor espiritual y santo tiene sus llagas, sus enfermedades, su muerte y su vida. Algunos quieren decir que la herida del amor se levanta y procede de parte de alma, cuyo deseo no se cumple, y muchas veces (como se dirá adelante) de la vehemencia del amor es afligido y enfermo el cuerpo. Para lo cual se note que, cuando el bien amado está ausente del amante, necesariamente de la tal ausencia se sigue tristeza, y ésta se dice enfermedad ó herida del alma, conforme á lo que Tulio afirma, diciendo: «La tristeza causada del intenso deseo de conseguir lo que se ama, es llaga del corazón y enfermedad del alma». Que aunque la esperanza y el deseo, en cuanto lo son de algún bien, causen delectación, empero la ausencia real de este bien induce y acarrea aflicción y tristeza, según que se escribe (1): *La esperanza que se dilata aflige el alma* y la hace decir: *Vulnerata charitate ego sum*. San Dionisio dice que el amor es agudo *íntimamente, intencionadamente, activamente y reductivamente*. Y por cierto dice muy bien, y tan bien que acerca de esta materia

(1) Prov. 13.

no hay más que decir. Y para que se vea ser así, sepa el cristiano lector: lo primero, que el amor se llama agudo, porque, así como la espada que está afilada divide una parte de otra, así el amor, divide al amante de sí mismo y le junta á la cosa amada, y esto entrañablemente, dividiendo y penetrando el corazón hasta dejarle herido. Lo segundo, el amor es agudo intencionalmente, cuanto al entendimiento; porque el amante, obligado de sí mismo mediante el amor, es traído á entender á sólo Dios, si es la cosa amada. Lo tercero, el amor es agudo íntimamente cuanto al efecto; porque, no contentándose con cualquiera unión y conjunción, busca y hace entrar al amado y penetrarle, y, unirle á sí, y, si fuese posible, querría ser una cosa realmente con él. Lo cuarto, el amor es agudo, activa y reductivamente, como el fuego, que introduce su forma en las cosas, excluyendo de ellas lo que le es contrario. Así el amor transforma al amante en la cosa amada. No de otra manera, mirando el Esposo con amoroso mirar al ánima su esposa, de tal manera la arrebató á Sí y la hiere, que le es forzoso decir: *Confíesome herida del amor*. En este primero é infinito grado del amor violento se admiten interpolaciones, y hay algún alivio, porque no son continuos los dolores de los heridos. Dase lugar á negocios y ocupaciones temporales: son los heridos en el amor de Dios como los calenturientos, que á ratos más, á ratos menos, son afligidos, y algunos días están del todo

libres. Pero, después de alguna pequeña intermisión, vuelve aquel ardor con mayor crecimiento, como de calentura, y apodérase con mayor fuerza del ánimo ya cansado y caído, y enciéndele con mayor fuego. Y como con los crecimientos de la calentura, si duran muchos días, las fuerzas del cuerpo se van apocando y disminuyendo, y la enfermedad se arraiga y apodera más del enfermo, hasta debilitarle, de manera que no es señor de salir de casa, así este crecimiento del divino amor, si persevera en sus ausencias y visitas, siempre que vuelve, vuelve más poderoso; porque halla menos resistencia por haber ya consumido el mal humor, que le podía ser de algún estorbo é impedimento. Por lo cual totalmente se apodera del alma y la rinde, y sujeta á sí con tan maravillosa virtud, que de allí adelante se ocupa toda en su continua y viva memoria, y la tiene como atada y cautiva para no poder pensar ni hablar sino en aquel Señor que la hirió. Al fin, no hay amor perfecto sin llagas (como dijo Orígenes). A lo menos entre los escitas usábase que para hacerse dos muy grandes amigos, de suerte que la amistad durase para siempre, se herían los dedos y se hacían llagas, y la sangre que corría de ambos la recogían en un vaso y con ella teñían las puntas de las espadas, y lo que quedaba se bebían, dando á entender que ya eran tan una cosa, que no podía el uno herir al otro sin herirse á sí mismo. Argumento es de amar un alma perfectísimamen-

te á Dios y de estar unida con Él, sentirse llagada de su amor. A lo menos, á San Pablo poco le parece que ha hecho el que no ha recibido llagas y derramado sangre, resistiendo á los pecados por Cristo (1).

(1) Heb., 11.



CAPÍTULO III

DE LAS CADENAS DEL AMOR Y DEL SEGUNDO TRIUNFO

VA tengo dicho en el principio de este tratado que, quien no supiere de amor, no le lea, porque entenderá poco ó nada de lo que en él se trata. Y si alguno le leyere, cuando llegue á este capítulo que trata de cadenas y ataduras, si se sintiere cautivo de algún vicio, pida á Dios de antemano le desate y rompa las cadenas con que el demonio le tiene preso, para que merezca ser prisionero de su divino amor, cuyas prisiones son salud y libertad; así lo dice el Eclesiástico (1): «Los grillos que la sabiduría encarnada, Cristo, te echare, servirte han de amparo fuerte y defensa segura, y de basas sólidas, sobre que se podría fundar todo el edificio espiritual; y el collar de amigo suyo redundará en una estola de gloria, que es ornamento de bienaventurados» (2). «¿No os parece que pierde ami-

(1) Et erunt tibi compedes ejus in protectionem fortitudinis.

(2) Et basses virtutis. Et torques illius in estolam gloriæ.